

SUMARIO

La quinta arma de Francia, por el Capitán Subrio Escápula.—El ejército marroquí organizado por los franceses.—La Argelia y el servicio de campaña argelino, por Gaucenze de Lastours, Capitán de Ingenieros.—Bibliografía.

BIBLIOTECA

Pliego 34, 35 y 36 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.
Lámina de «Marcha de resistencia al Pico de Teide desde Santa Cruz de Tenerife».

LA QUINTA ARMA DE FRANCIA

Lo que aconteció en Francia con las ametralladoras en vísperas de la desastrosa guerra contra Alemania, está repitiéndose ahora con caracteres más agudos con los aeroplanos y dirigibles militares.

Ven en ellos los franceses una panacea que remediará el estado de inferioridad en que se encuentran respecto de sus vecinos, y todo les parece poco para fomentar el desarrollo de la aeronáutica militar, de la que esperan hechos decisivos y poco menos que la victoria completa y declarada en la próxima guerra. Sin negar, ni mucho menos, la grande importancia que están llamados a desempeñar tales artefactos en el porvenir, hoy por hoy es indudable que se exagera notoriamente su papel, y que se les atribuye una influencia que no podrán ejercer en muchos años, en tantos como sea menester para establecer la navegación aérea sobre otras bases que las actuales, en que todo se fia á la fuerza del motor y no á las propiedades intrínsecas del aparato. Aeroplanos y dirigibles no son más que auxiliares accidentales con cuyos servicios no se podrá contar siempre, ni en todas circunstancias. La materia se encuentra en estado embrionario, y para su avance y decidido progreso convendría tenerla centralizada y entregada á las menores manos posible, sin darle el distintivo de generalidad del cañón y del fusil. Es un juguete del que pueden esperarse buenos servicios en ciertos casos, pero que si se entrega al público antes de estar resuelto el problema corre peligro de desviarse de un modo definitivo de su cauce. No es el número de aparatos lo importante, sino su eficacia, y esta dista mucho de hallarse asegurada.

Procediendo, no obstante, con sus inveteradas exageraciones, los franceses acaban de organizar la quinta arma, ó sea la aeronáutica, en un pie de completa autonomía, independiente de las otras armas, y cuyo personal se reclutará en todo el ejército. Y si bien esto último nos parece per-

fectamente, sobre todo en lo relativo á los aviadores, no ocurre lo mismo con el conjunto del servicio, que debiera estar entregado á unas cuantas personas competentes, las menos posible. Sin duda esperan los franceses que no se repetirá el caso de las ametralladoras, mientras que nosotros creemos que volverá á darse la segunda edición de lo pasado y que por prisas y precipitaciones sobrevendrá, injustamente, el descrédito de la navegación aérea tal como ahora está planteada.

La nueva arma ó servicio, ó como se la quiera llamar, estará á las órdenes de un inspector permanente de la aeronáutica militar, y comprenderá:

Un personal aviador compuesto de oficiales y tropa supernumerarios en los cuerpos; las tropas, formadas por siete compañías de 3 oficiales, 108 hombres y 3 caballos; un número indeterminado de secciones de aerostación (1 oficial, 60 de tropa y 7 caballos), y una compañía de conductores, de 3 oficiales, 127 de tropa y 133 caballos; y los establecimientos servidos por personal técnico y administrativo sacado de las armas.

El Ministro de la guerra pretende que desde el primer momento Francia pueda disponer de una flota aérea superior á cualquiera otra, y á este efecto se van á invertir inmensas sumas en el nuevo servicio, con objeto de tener á fin de este año 27 escuadrillas de campaña, 5 de plaza, 10 secciones para las divisiones de caballería y otras seis para la vigilancia del litoral. Como cada escuadrilla consta de tres secciones de 2 aparatos, más una sección de reserva y 11 ó 12 automóviles, y las secciones afectas á las divisiones de caballería tienen cada una un aparato de reserva, resulta que dentro de pocos meses tendrá Francia una flota de 334 aparatos, á la que se destina en los presupuestos del presente año la cifra colosal de más de 27 millones de francos.

Además de los aeroplanos, se comprenderá la construcción de una flota de 20 dirigibles.

Esa exageración redundará probablemente en provecho de todas las demás naciones, que aprenderán en cabeza ajena y sin que les cueste apenas un céntimo el aprendizaje; y cuando un nuevo invento—que tal vez no está muy lejano—haya dado tal raste con todos los actuales aparatos, quisiéramos saber que habrá hecho Francia con tantas máquinas, ó las que queden después de las que se han de destrozar en las pruebas y vuelos por la acción de tempestades, accidentes fortuitos, y qué harán á su vez los numerosos oficiales y tropa á quienes de pronto se les diga que hay que cambiar de máquinas y de procedimientos.

No hemos visto todavía la utilidad de los aeroplanos y dirigibles en las operaciones en campo abierto. Se hacen esperar demasiado las aplicaciones de los aparatos voladores en las costas de Tripolitania y Cirenaica. Veremos si los franceses los emplean con mejor éxito en Marruecos, y si los 27 millones de francos compensan los miles de hombres, caballos y cañones que con semejante suma podrían mantenerse.

Los que permanecemos como espectadores, no podemos menos de alegrarnos de esas resoluciones de los franceses; pero desde el punto de vista de la ciencia y de su aplicación á la guerra hubiera sido mejor que se dedicara la quinta parte de aquella suma á experimentos y estudios encomendados á unas cuantas personas entendidas. Hubiéramos ganado más, y seguramente también los franceses, porque antes se llegara á la solución final.

Entre tanto, sigan divagando los escritores técnicos y ociosos acerca de la importancia y empleo de los dirigibles y aeroplanos, y de la revolución que tales artefactos introducirán en los métodos de guerra; prepárense los altos mandos á luchar con los aéreos enemigos y los inventores desocupados á idear escudos y cúpulas de protección. Los que sin ser excépticos somos algo descreídos, tomaremos nota de los dirigibles que se incendian y se destrozán, de los que se pudren en los hangares por no poder navegar, de los aeroplanos que se estrellan más ó menos científicamente, y de la fiebre de los constructores de motores. Otros ramos de la industria se beneficiarán, y todo esto se tendrá ganado; pero la reputación del ejército no podrá menos de padecer, y vidas que podrían ser útiles se malograrán sin ventaja para la profesión. Como quiera, gasten otros su dinero y desvien su atención de las cosas terrenales para elevarla á los aires; nosotros, más modestos, seremos en esta ocasión, y en otras muchas, los que demos demos poseer mejor buen sentido.

Toda la costa Norte de Marruecos arde en guerra. Desde Egipto al Atlántico truena el cañón. Se desconoce el número, la situación y el objetivo del enemigo. Se ignora la topografía del terreno, los caminos, los ríos, todo. ¿Qué mejor ocasión que la presente para hacer ver la utilidad de los 27 millones de francos, y de las suscripciones italianas, y de los esfuerzos y excelente organización y pericia de los técnicos de aquellos ejércitos? Esperemos tranquilamente. Recordemos, sin embargo, el fracaso sonado de los globos cautivos en la campaña de Chauia; tal vez los libres emprendan el vuelo, si se elevan en aquellas tierras, y no vuelvan más. Pero Francia habrá conseguido su objeto: superar á Alemania, aunque sólo sea en algo tan problemático como ésto. ¡Lástima que no tenga traducción adecuada el verbo *epater!*

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.



EL EJERCITO MARROQUI ORGANIZADO POR LOS FRANCESES

El teniente coronel Debon, en un artículo publicado en el *Journal des Sciences Militaires*, analiza con severo y certero espíritu de lógica, los errores cometidos por Francia en la organización del ejército marroquí. Después de recordar los motivos de la sublevación de las tropas de Fez,

y de otros puntos, en el mes de abril pasado, y de consignar que en la revuelta de la capital fueron muertos 15 oficiales, 40 hombres de tropa y 14 individuos civiles, y heridos 70, sin contar las bajas de los indígenas, señala el hecho de que en 1.º de marzo fué suprimida la misión militar francesa en Marruecos, y sustituida por un ejército sheriffiano, dividido en dos partes perfectamente separadas: 1.º una guardia sheriffiana, encargada de los servicios de seguridad y honor del Sultán, y compuesta de un estado mayor de la guardia, la música del Sultán, seis compañías de infantería, seis pelotones de caballería, cuatro piezas de artillería de montaña, y algunos soldados de administración y sanidad, en total unos mil hombres á las órdenes de oficiales franceses; 2.º un ejército marroquí fuerte de nueve batallones de infantería, cinco escuadrones de caballería, cuatro baterías de artillería, dos compañías de ingenieros, una compañía del tren y destacamentos de administración y sanidad, organizados y administrados según el patrón de los regimientos franceses. Este ejército era el que había de servir para la ocupación y conquista de Marruecos, por lo que lo primero fué determinar su manera de reclutamiento, que es el siguiente: "Los soldados indígenas serán en principio reclutados por vía de llamada (servicio obligatorio), con facultad de reemplazo. Sin embargo, podrán admitirse enganches voluntarios hasta 1.º de enero de 1913, para completar el efectivo de 12.000 hombres en aquella fecha. Enganches, reenganches, primas, premios, pensiones de retiro, todo está detallado en ese reglamento. Como medida transitoria, y para preparar en nueve meses á un pueblo que no ha sido conquistado á la idea de la aplicación del servicio obligatorio, debían darse á los llamados los mismos sueldos que á los voluntarios.

De modo que se quiso aplicar á Marruecos el mismo sistema que en Argelia, que está en poder de los franceses hace ochenta años, sin contar que el servicio obligatorio para los tiradores argelinos únicamente rige desde el 3 de febrero último.

Además de este error, dichas tropas estaban mal encuadradas por oficiales y clases franceses. El tabor, que comprende tres compañías de infantería de 150 hombres, contaba en total como cuadros franceses un capitán, uno ó dos tenientes y un número insignificante de sub-oficiales.

Y sigue diciendo el teniente coronel Mr. Debon, después de resumir la organización propuesta al Parlamento para las tropas argelinas: "Estos reducidos cuadros del ejército sheriffiano hubieran debido conocer por lo menos la lengua y la mentalidad de sus nuevos soldados marroquíes. Esto nos parece imposible para los oficiales y sub-oficiales que han sido designados á fin de febrero para el presente año, sin haber estado nunca en Marruecos, ni siquiera en Argelia.

„Pero dos medidas de las más torpes muestran que nuestros cuadros franceses, en totalidad, estaban por completo ignorantes de la mentalidad de sus soldados.

„En primer lugar se decidió retener una parte del sueldo de los soldados para su alimentación; lo cual era introducir un desquiciamiento completo en las costumbres del soldado musulmán. Se le da un sueldo de tantos francos por día; él dedica de este sueldo lo que tiene por conveniente para alimentarse á su gusto. El resto lo invierte en sus placeres y en su familia; es asunto suyo y no de su capitán. Hace más de veinticinco años que hemos mandado tropas indígenas por primera vez, y nunca hemos visto poner en práctica medidas tan desdichadas; la palabra no es demasiado fuerte.

„En segundo lugar, se quiere que los soldados lleven á la espalda la mochila, lo cual les parece que es una degradación, pues creen que sólo deben llevar la carga de sus armas. Llevar un fardo sobre sus espaldas, como el morral, es á sus ojos, querer igualarle á una bestia de carga. Según su mentalidad, se pretende de ellos que hagan un papel semejante al del camello, del asno ó del mulo.

„No hemos tomado, en fin, la medida más elemental, que Cesar recomendaba ya á sus jefes de legión, no dejar nunca tropas indígenas aisladas, sin poner á su lado, al principio, un número por lo menos igual de tropas de la nación conquistadora.

„...Hemos violado las reglas militares más elementales de toda conquista colonial y pagamos las consecuencias por la fuerza misma de las cosas. El general Lyautey, á quien el Gobierno acaba de nombrar Residente general en Marruecos, sabrá restablecer, con su larga experiencia, las cosas á su verdadero punto. Pero ¡cuántas penas se le hubieran ahorrado, cuántas vidas humanas no se hubieran sacrificado inútilmente, si estas altas funciones se le hubiesen encomendado algunos meses antes!.,



LA ARGELIA Y EL SERVICIO DE CAMPAÑA ARGELINO

(Conclusión)

La infantería forma así una serie de cuadros más ó menos pequeños, con intervalos variables, que se prestan mútuo apoyo. Si el enemigo huye ninguna fracción debe alejarse notablemente del grueso de la columna; la persecución se hace por fuego de descargas, porque el indigena es siempre más rápido en la huida que el europeo. Las tropas meharistas echan pie á tierra y combaten en cuadros como la infantería.

En cuanto á la caballería su única acción eficaz es la carga en filas cerradas, sin intervalos. Se puede aplicar todavía la observación de Napoleón, en el desierto egipcio, á propósito de los ginetes mamelucos. Estos cargaban siempre tratando de desbordar un ala. Los generales de caballería Murat, Leclerc, Lassalle, se presentaban formados en varias líneas;

en cuanto la primera iba á ser desbordada, la segunda avanzaba en su apoyo por la derecha ó por la izquierda; el enemigo convergia entonces para envolver las alas de la nueva línea y, ofreciendo entonces el flanco era siempre deshecho.

En resumen, si observamos en el combate la conducta del escalón de maniobra, veremos que sus movimientos no tienen de común nada con las marchas desenfiladas, progresivas, disimuladas, dispersas, de la táctica europea.

La infantería no avanza nunca sobre el objetivo más que como un bloque, guardándose por todos lados; obra por medio de fuegos rápidos y disciplinados contra el enemigo, que se suele limitar á una serie de ataques bruscos sobre varios puntos. Desgraciado el jefe que, rodeado de ataques tan rápidos, pierde su sangre fría, no deja á cada fracción un papel constante, bien definido, ó cede al impulso de perseguir demasiado pronto al atacante en una de sus retiradas á veces simulada. Sobreviene en seguida el desorden, luego el pánico ó la dispersión; entonces las fracciones aisladas están perdidas, y no quedará aun en el caso más favorable más que el mediano honor de vengarlas.

Esos ataques multiplicados, tan característicos, han sido á menudo descritos por los historiadores de la Argelia y por testigos oculares. Los ginetes bereberes no conocen más que la carga y la huida. "Los unos, dice el narrador de una expedición, acuchillaban la retaguardia de nuestra tropa; los otros trataban de amontonarnos á la derecha ó á la izquierda, nos acosaban, nos empujaban, sembraban el desorden en nuestras filas, contentándose con neutralizar por una acción indecisa á los que obtenían mejores resultados y repelían sus esfuerzos. Cuando los ginetes eran perseguidos por uno de nuestros escuadrones, no se retiraban en grupo ni por el mismo sitio, sino que se dispersaban por detrás ó lateralmente, se reunían en seguida para envolvernos, en particular á los que en la persecución se habían separado de las filas. Algunas veces también huían hacia las alturas, donde encontraban una retirada asegurada; sus caballos estaban acostumbrados á subir, mientras que los nuestros se veían detenidos por un terreno tan desventajoso. El combate en su conjunto presentaba un espectáculo de confusión; separados de los suyos los unos perseguían, los otros escapaban; no era el caso de filas ni de banderas; cada cual se defendía allá donde el peligro le encontraba, armas, hombres, caballos, amigos, enemigos, todo estaba mezclado y confundido. La prudencia y el mando no tenían parte alguna en el combate.,, Tal es el relato de Salustio exponiendo el ataque de una columna de Metelo por los númidas en el sur argelino; conserva toda su verdad para los tuaregs actuales, sus descendientes.

Leyendo ese relato se creería, por lo menos en lo que concierne al enemigo, asistir á los combates de 1901, 1902, 1903 en el Tuat y el Sidi-

Kelt, ó á los del Guir en 1908. En esta última campaña, nuestro campamento de Bu-Denib fué atacado casi sin interrupción durante veinticuatro horas. Nuestras dos únicas piezas de montaña acabaron por inutilizarse, la una después de 33 disparos, la otra á las 5 de la tarde, al 125 disparo. Á las ocho de la noche, los enjambres enemigos avanzaron de una vez hasta las alambradas espinosas establecidas junto al campamento por los ingenieros y completadas por fogataa y alambradas. A las 10, la puerta de madera del atrincheramiento principal cayó bajo el empuje de los asaltantes; se les arrojó petardos de melinita como granadas de mano. A las 11 y media se renovó una situación parecida. El calor era extremado desde la vispera, nuestros hombres combatían casi desnudos para no perder sus fuerzas. A la 1, á las 2 y media, en plena noche, otros nuevos nómadas llegaron á nuestras trincheras. Únicamente una salida general pudo acabar con el adversario.

Esta salida tuvo lugar después de una calma de algunas horas. Pero no pudo ser una simple irrupción al exterior; fué una verdadera expedición. Los meharistas partieron en cabeza, á la descubierta; después el escalón de seguridad próximo, formado por los spahis; luego la columna de maniobra, formada por cuatro batallones, en columna doble por secciones de á cuatro, con la artillería en el centro; una retaguardia de policia; finalmente, el convoy de 1500 camellos, del que se era esclavo sopena de perecer de hambre, y que iba escoltado por un batallón formando el cuadro.

Todo el conjunto debió ponerse en movimiento con el mayor orden. La tropa de maniobra avanzó en columna doble ampliamente abierta, las compañías en líneas de secciones de á cuatro, un batallón en cada ángulo. Se marchó así hasta la noche, siempre alerta, y solo al día siguiente un éxito brillante castigó á nuestro adversario.

Puede decirse que en esas regiones la paciencia y la calma son las armas más seguras, como también las menos acomodadas al temperamento francés.

8 horas 50 minutos. Nuevo alto horario.

9 horas. Se reanuda la marcha.

9 horas 50 minutos. La columna llega al lugar exigido para vivaquear; la marcha se hace aun en cuadrado, por lo que los frentes se estrechan sencillamente un poco, para ocupar el terreno ya jalonado. Todos los convoyes han de tener sitio en el interior del vivac. No hay unidad especialmente encargada del servicio de seguridad general; cada cara se guarda á sí misma. El servicio normal á prever durante el día es de un tercio á un sexto del efectivo. (La columna Bonnier, destruida enteramente en Takubao por los Tuaregs, se componía de 240 hombres, de los cuales 120 en las avanzadas el día del desastre. A pesar de ser esa cifra excesiva para la economía de fuerzas, no se evitó la sorpresa. Por lo demás, se formaron pabellones demasiado pronto).

Cada una de las compañías 1, 2, 3 y 4 destaca una sección delante de su frente, en cuanto se da la señal de vivaquear. Una fracción de caballería, repartida de antemano entre las cuatro caras, concurre al servicio de seguridad.

La caballería enemiga puede, durante el día, surgir de improviso, por lo que conviene extender algo el servicio de seguridad, hasta unos 600 á 1000 metros.

Escuchas á caballo observan; un faccionario por escuadra trasmite las órdenes y señales. En caso de estancia prolongada, se excavan ligeras trincheras delante de cada frente.

Mientras el servicio de seguridad se organiza rápidamente, la infantería forma pabellones pero sin romper filas. Los camellos se concentran hacia sus grupos respectivos, y se detienen, los indigenas los descargan, y los paquetes se disponen con el mayor orden, y siempre en la misma situación respectiva, para facilitar la carga, la inspección y el exámen. Dejando en cada fracción un centinela para los pabellones, los soldados van á tomar con orden sobre el sitio de su depósito los bagages, tiendas, útiles, utensilios de campamento ó víveres, sin hacer ruido. Se instala enseguida el campamento y las tiendas; los hombres las levantan en grupos de cuatro ó seis detrás de los pabellones, teniendo cuidado de golpear las matas á causa de las culebras y levantar las piedras á causa de los escorpiones. Los oficiales acampan detrás de su tropa.

Una guardia de policía, constituida primero por ginetes, se establece en los puntos de agua antes de hacer provisión de ella, con una consigna muy estricta, indicando el orden en el que los interesados deben presentarse en los pozos y las horas á las cuales puede sacarse agua. Pocas precauciones son tan indispensables como las que se refieren al consumo del agua, de esta agua codiciada por todos y á la que todos querrian precipitarse.

Bien se extraiga de los pozos ó provenga, tibia, de los odres del convoy, el agua se distribuye imparcialmente á razón de 5 litros por hombre y día, y 20 litros por caballo ó mulo.

Independientemente de la guardia de los pozos, se instala un puesto de policía en el interior del vivac desde que se llega á él; consta de seis hombres y un cabo por compañía, bajo el mando de un sargento de la unidad de día.

Para los convoyes de animales, la disciplina es muy esencial durante la hora que sigue á la llegada. Los indigenas, ajenos y refractarios al orden, gritan; se quejan los camellos castigados y golpeados sin motivo; imprecaciones y golpes de los spahis de vigilancia; desbandada de algunos animales, siempre díscolos: todo contribuye á formar un espectáculo pintoresco, pareciendo el vivac agitado como un hormiguero bajo los ardientes rayos del sol.

Terminadas las distribuciones, cada cual vuelve á su sitio.

10 horas 30 minutos. Está terminado el campamento; las cocinas se hallan en pleno funcionamiento. Los oficiales preparan las órdenes y las instrucciones para el día siguiente.

12 horas. Se toma el rancho. La tropa se tiende bajo las tiendas y se entrega al reposo. Durante varias horas reinará una inmovilidad absoluta y general.

5 de la tarde. Se reúne la tropa; lectura de las órdenes para el día siguiente; luego, se prepara la comida de la noche y se limpian las armas, el equipo y el vestuario. Los libres de servicio pueden salir del campamento en condiciones de tiempo y de alejamiento variables.

7 de la tarde. Se toman las precauciones nocturnas; el servicio de seguridad se modifica totalmente á causa de la obscuridad y de las sorpresas posibles. Todos los escuchas montados regresan al campamento y acampan con el resto de la caballería y los meharistas, en un vivac enteramente diferente, aunque poco alejado, que se les ha asignado desde el principio.

La vigilancia se ejerce á pequeña distancia y con infantería solamente. Se deshacen los pabellones y las armas se entran en las tiendas, para que cada hombre salga con la suya á la primera señal.

Centinelas móviles circulan constantemente á lo largo de cada cara del campamento, y solo duerme la mitad de la guardia.

8 de la noche. Retreta y extinción de las hogueras. El mayor silencio debe reinar á partir de este momento, porque el reposo nunca es demasiado después de una jornada en el desierto. A mitad de la noche, se oirá probablemente algún disparo de fusil cerca del campamento; es costumbre de los indígenas el tirotear, aislados, nuestros vivacs, y las fracciones más avanzadas no deben preocuparse más que en el caso de acercarse una verdadera tropa.

Ante todo, el orden no debe jamás turbarse en el campamento, porque durante la noche se está muy expuesto á la confusión.

3 de la mañana. Diana general. Es el momento más delicado y el más crítico. Los bereberes y los tuaregs caen frecuentemente sobre nuestras tropas á punta de día, en el momento en que se hacen los preparativos para levantar el campamento.

En efecto, desde la diana, todo el mundo se preocupa de la partida. Los soldados beben el café, rehacen sus sacos; otros van al convoy á reponer los objetos utilizados y ayudar á la carga de los animales; los indígenas equipan los camellos y los agrupan; la infantería está en un continuo vaivén, dejando momentáneamente sus armas.

Mientras cada cual está así ocupado en un trabajo determinado, el enemigo, que á menudo está observando sin ser visto, puede aprovechar la ocasión para atacar una de las caras. Ni el fuego de las secciones de

avanzadas, ni la carga de nuestros ginetes reunidos á toda prisa, podrán impedir que encienda el desorden en el campamento, y aun que cause irremediables desastres, sobre todo si ataca á los convoyes, en los cuales los conductores indígenas están siempre en connivencia con el adversario. Algunos centenares de camellos puestos bruscamente en dispersión y corriendo en libertad, trasforman en una confusión espantosa el vivac mejor establecido. (En la invasión de Timmimún, el 18 de febrero de 1901, por una jarca de 1000 enemigos, fué tal la sorpresa, que á las 4 de la madrugada 30 bereberes se encontraron de pronto en el centro de nuestro campamento, ocupado por 160 hombres, de los cuales ninguno había tenido tiempo para coger su fusil. Estuvimos á punto de padecer una catástrofe).

Así, la hora de la diana encontrará á la mitad de la infantería fuera del campamento con las armas en la mano, dispuesta á romper el fuego, mientras que la otra mitad se ocupará en todos los demás servicios. El café será distribuído sucesivamente á cada fracción para que haya siempre de vigilancia un efectivo suficiente.

El servicio de seguridad en marcha se constituirá antes de la partida de manera que se tome la formación de marcha á los primeros pasos; solo entonces cesa de funcionar el servicio de seguridad nocturno, y las tropas de las avanzadas ocupan sus respectivos lugares.

Tal es aproximadamente la jornada de nuestras columnas en el sud argelino. Nada exige más atención, prudencia, previsión, ni requiere tener más despierto el espíritu. En estas inmensidades que parecen deshabitadas, y que casi lo son, puesto que el Sahara contiene apenas un millón de hombres, puede surgir de improviso, como si brotara de la ardiente tierra, de la polvorienta duna, de las raquílicas matas, una banda furiosa de tuaregs ó de bereberes, rápidos, osados é intrépidos, prontos á obrar y escapar.

El peligro está en todas partes. La partida al rayar el día, cuando nuestros soldados, aun soñolientos, se levantan torpes en una semiobscuridad y se llaman los unos á los otros para formar, es el momento crítico; de pronto, 500 ginetes que han aprovechado la noche para acercarse de roca en roca, de mata en mata, caen sobre nuestras tiendas que acuchillan y hienden.

El alto á mitad del día, cuando nuestros soldados fatigados se apresuran á tomar su alimento y un descanso, creyendo que bajo aquel sol ardiente no es de temer un ataque, es otro momento de cuidado: un ruido de galope, un grito confuso que se va acercando, y el enemigo está encima como la tromba del simún que deja apenas tiempo para tenderse desarmado bajo el huracán. Así tuvo lugar nuestro heroico descalabro de El-Mungar.

También se repite la misma circunstancia al llegar á los pozos. La

tropa comienza á perder su formación desde algunos kilómetros antes, y los animales olfatean el agua, objeto de todos los deseos. Los caballos, rápidos y ardientes, ganan terreno; los convoyes de animales se alargan, tomando la cabeza los más ágiles y avanzando á los demás; la infantería, jadeante, hace un último esfuerzo que da lugar á grupos de rezagados. En pocos minutos, la punta de la columna llega cerca de los pozos, en donde se cambian algunos disparos con grupos enemigos apostados á la espera desde mucho antes.

Se apresura todavía más la marcha para reforzar la cabeza y apoderarse de los pozos; el enemigo es por fin desalojado, y mientras este éxito infunde confianza en el jefe, descubre de pronto que el grueso enemigo está ahora detrás de él, que otros bereberes, esta vez grupos compactos, cargan sucesivamente contra los elementos demasiado alargados de la columna, desbandan á los camellos, cortan á los grupos de rezagados y no conceden cuartel ni tienen piedad.

Fué el caso de nuestra aventura de Bu-Kalfus, cerca del Fuerte Mac-Mahón, en 1894, donde los Chambás se apoderaron á nuestra llegada de casi todo nuestro convoy, pese á los tiradores que lo escoltaban.

A despecho de una calma aparente, la guerra argelina no ha pasado ya; continúa en nuestra frontera del oeste y del Sud, donde las tribus siguen siendo rapaces é independientes.

Detenerse frente á ellas es quedar vencido, y debemos tanto al honor de nuestras armas como á la seguridad de lo que hemos ido adquiriendo, un progreso continuo de nuestra acción en los confines argelinos.

La vida de nuestros camaradas es un alerta perpétuo é instructivo. La Argelia reserva aun á los oficiales una escuela sin rival para el desarrollo de las cualidades individuales.

Si la ciencia militar se aprende en Francia en los cursos y en los libros; si el juicio puede desarrollarse por la enseñanza y por la experiencia; la energía, el carácter, la decisión, no se descubren ó no se ejercitan más que en el terreno de las realidades, y en este concepto nuestro territorio africano constituye para durante mucho tiempo un campo de prueba de primer orden.

(De la *Revue du Génie Militaire*).

GAUZENCE DE LASTOURS
Capitán de Ingenieros

BIBLIOGRAFÍA

Traccia per lo estudio della fortificazione permanente; criteri e norme di carattere pratico; di E. Rocchi, Maggiore General.—196 páginas (23 × 16), con numerosos grabados en el texto.—Roma, 1912.—3 liras.
Conocida universalmente es la reputación científica del ilustre inge-

giero militar italiano, general Rocchi, que desde fecha ya remota ha orientado sus trabajos en un sentido práctico, muy distante de los métodos cerrados y sistemáticos que predominaban hasta el último tercio del pasado siglo. El libro que ahora acaba de dar á la estampa, no es propiamente un tratado de fortificación permanente, ni se encuentran en él los detalles y pormenores técnicos necesarios para proyectar; carece también de aquella parte que podríamos llamar de erudición, que tan indispensable es para que el lector ó constructor forme juicio propio por sí mismo, comparando entre sí las diversas tendencias y teorías imperantes, y aun tomando de las ya pasadas de moda lo que todavía conservan de aprovechable. La finalidad del libro es muy otra: más modesta, si se la considera desde el punto de vista escrupulosamente técnico; pero más amplia si se la contempla bajo su verdadero aspecto, que es el de dar reglas generales y orientación determinada á la fortificación permanente, tanto en lo relativo á su aplicación sobre el terreno, como en lo que atañe á la forma y pormenores de las obras.

Tomando como base y precursora de la fortificación moderna, la de los siglos XV y XVI que describe en substancia, el autor entra seguidamente en materia, exponiénde en sucesivos capítulos los principios de la fortificación, los caracteres y organización de las obras de nuestros días, el armamento y organización de las baterías de costa, y los particulares técnicos de la fortificación. Bajo el título general de parte ejecutiva, se dan indicaciones sobre la marcha que conviene seguir y puntos que conviene tener presentes para el estudio de proyectos y ejecución de los trabajos, la economía en las obras de defensa; en una nota se diserta sobre el empleo de la fortificación en la defensa de los Estados, terminando el libro con una noticia bibliográfica sobre las publicaciones que han aparecido relativas á esta materia.

Aunque el nombre del general Rocchi no haya alcanzado la reputación de otros ingenieros como reformador, en realidad ha desempeñado este papel de un modo decisivo, consiguiendo formar una escuela que tiene partidarios fuera de Italia; en su país las ideas del ilustre general han impuesto y forman un cuerpo de doctrina aceptado sin discusión, oficial y particularmente. A diferencia de otros autores, el general Rocchi no se ha ceñido en sus estudios al campo exclusivamente técnico ó del ingeniero, sino que ha considerado, indudablemente con razón, que la ingeniería ha de estar estrechamente ligada con la estrategia y la técnica, por lo cual las orientaciones que se le deben son en este nuevo sentido. Resulta, por consiguiente, un reformador más original y de más amplios vuelos que otros que le precedieron sin salirse de los límites de su particular profesión.

Las ideas del general Rocchi están inspiradas en un profundo buen sentido y en los más sanos y modernos principios del arte militar; y su

último libro, el que nos sugiere las presentes líneas, viene á ser una exposición esquemática ó resumen razonado de las mismas. Ciertamente que algunos le podrán argüir que va demasiado lejos en ciertas afirmaciones y que no todas sus teorías han sido sancionadas por la experiencia. Pero, de todos modos, á él corresponde en gran parte el mérito de haber roto los estrechos moldes en que antaño se movía la fortificación, remozándola y oreándola con las brisas de la táctica moderna, y desde este punto de vista no se le pueden regatear sus positivos méritos sin cometer harta injusticia.

Su resumen ó guía de fortificación permanente es interesante en alto grado, y muy recomendable su lectura, tanto á los técnicos como á los militares en general: á los primeros, porque les da medios para formar un criterio general y les mantiene constantemente en contacto con los principios militares fundamentales en la defensa de un país, de una plaza ó de un punto; y á los segundos, porque les demuestra que la fortificación no es una rémora ni un estorbo, sino un auxiliar poderosísimo y á veces insustituible del ejército de operaciones.

Escrito, además, el libro, con gran claridad, al alcance de todos los militares, con un espíritu práctico notable, en que es maestro el general Rocchi, forma una obra de raro valer que recomendamos sinceramente y con insistencia á nuestros lectores.

Granadas de mano y de fusil, por D. Luis de la Gándara, Capitán de infantería.—Madrid 1912.—115 páginas (23 X 15) con 40 grabados intercalados en el texto.

El competente cuanto ilustradísimo capitán profesor de la tercera sección de la Escuela Central de Tiro, D. Luis de la Gándara, acaba con esta su última producción, de darnos muestra otra vez, no sólo de su inagotable erudición, sino de su constante deseo de divulgar entre sus compañeros del arma de infantería, todo cuanto á nuevos elementos aplicables al mayor rendimiento en el arte de combatir de la misma, le van siendo de día en día más necesarios.

Entre éstos, figuran ya en casi todas partes y deberán también aquí figurar, las granadas de mano y de fusil.

Elemento para el combate por la infantería, que aunque en la actualidad no sea una novedad, como muy bien se nos describe en el capítulo I (Bosquejo histórico), al haber existido en principio, aunque en forma muy rudimentaria, en la época antigua, y desaparecido totalmente, sin dejar rastro, en edad media, hace su reaparición pujante en la guerra ruso-japonesa y adquiere no sólo la viabilidad de su existencia, sino el acomodamiento menos primario de su constitución.

El capítulo II, trae algunos de los muchísimos é improvisados modelos que de estas granadas de circunstancias fueron empleadas en esta

campana por una ú otra parte; y algunos episodios detallados en que se usaron, con su resultado. Improvisaciones hechas, al no haber modelo en uso, que es la prueba más elocuente del resurgimiento para la época actual, de la necesidad de su empleo como elemento de destrucción en el combate.

Por eso, terminada dicha guerra, todas las naciones procuraron nuevamente dar entrada en sus ejércitos á la función de los granaderos. Y de aquí surgieron los tipos de granadas Roth y Sedersen, para fusil; Hale para mano y fusil, y otros que se detallan concienzudamente en sus diversas páginas.

Nosotros mismos también, en vista del buen resultado del modelo Hale, empleamos las de mano y fusil de dicho sistema en la campana del Rif con buen éxito, si bien después y sin saber á qué causa puede atribuirse, nada hayamos vuelto á hacer en ese sentido; y eso, que como indica muy atinadamente el capitán Gándara, recientemente á orillas del Kert, han sido empleadas por los moros contra nosotros granadas aunque en forma de cartuchos de dinamita con una mecha encendida.

Y como en el transcurso de un año, las casas constructoras han procurado afinar más y más sus productos, se describen también los nuevos tipos del modelo Hale, Aasen, etc., así como el estado actual de la cuestión en las principales potencias.

En suma; si como es de esperar, las granadas de mano y de fusil han de tener cabida pronto entre nosotros, el libro del capitán Gándara es digno de ser leído, y de figurar en la biblioteca de todo militar á la altura de su misión, no sólo por su concienzuda labor, sino por unir á su novedad unas conclusiones en que se traza esquemáticamente el empleo táctico que habrá de dar á este nuevo elemento para combatir.—M. B.

Le Tournant de la Vie Sociale et l'Ame de l'Armée, par Adolphe Ronflette, Lieutenant au Régiment des Carabiniers á Bruxelles.—Paris, Giard et Brière, éditeurs, 16 rue Soufflot, 1912.—126 páginas. (22 por 14), 2 francos.

El oficial debe ser ante todo educador de sus soldados, un mentor y un guía en el que se unen el amor de padre con la severidad inspirada en la justicia. Para ejercer debidamente y con provecho tan elevadas funciones, es menester que el oficial conozca el modo de ser, el pensamiento íntimo y las inclinaciones de sus subordinados, toda vez que ni puede darse el mismo trato uniforme á todos, ni se consigue nada por el rigor ni por la observancia fría y literal de los reglamentos. Pero para que el oficial, el educador por excelencia, no tropiece con obstáculos invencibles, es menester que conozca de antemano la primera materia que se le pone en sus manos, es decir, el modo de ser y de pensar y de sentir de las diferentes clases de reclutas.

Estos son los temas que aborda en su libro el teniente del ejército belga Mr. Ronflette; comienza estudiando la fisonomía moral de las diversas clases de obreros de donde han de salir los mayores contingentes de soldados, sus inclinaciones, sus cualidades, sus defectos, y de este conocimiento previo deduce la conducta que con ellos ha de observar el oficial.

Es, por consiguiente, esta obra un tratadito de educación militar, pero desarrollada desde un punto de vista nuevo, toda vez que estudia el alma colectiva del pueblo para llegar á conclusiones generales. A diferencia de lo acostumbrado en otros escritos que han aparecido sobre la misma materia, un tinte de sano optimismo palpita en todas las páginas de este libro, por lo que su lectura no puede menos de reconfortar el ánimo y de dar fuerzas para que el oficial se entregue con confianza y entusiasmo á su delicada misión.

Sin apartarse un momento de un punto de vista elevado y patriótico, Mr. Ronflette ha escrito un libro muy recomendable, que se presta á grandes reflexiones. Tal vez sus teorías no podrían aplicarse en un ejército organizado férreamente, como el alemán, pero son de completa actualidad en otros más democráticos—en el buen sentido de la frase,—donde se pierde fácilmente de vista que la fraternidad no excluye ni la disciplina ni el rigor cuando son necesarias; con ello aludimos al ejército francés. Pero también en el nuestro, como en todos, será debidamente apreciado el trabajo del escritor belga, que viene á unir su nombre al de la numerosa legión de esclarecidos autores que á tan alto renombre han elevado el prestigio de aquel ejército.

Campaña de Chauia (Acción española), por D. Antonio García Pérez, Capitán de Infantería.—24 páginas (23 × 16).—Madrid, 1912.

La religión y la ciencia, por D. Antonio García Pérez, Capitán de Infantería.—33 páginas (22 × 15).—Madrid, 1912.

El primero de estos folletos contiene el relato de los hechos realizados y conducta observada por las fracciones de nuestro ejército que tomaron parte en los sucesos de Casablanca, evidenciándose la meritoria labor que allí llevamos á cabo. El segundo es un bien fundamentado alegato de la necesidad de que la religión sea compañera inseparable del hombre de armas, exponiéndose el alto concepto que de la guerra han formado en todo tiempo cuantas religiones han tenido adeptos.

Si con el primero de estos trabajos nuestro querido colaborador señor García Pérez ha contribuido á que no caigan en olvido la participación y la ejemplar disciplina que nuestros soldados tuvieron y demostraron en Casablanca, con el segundo pone una nueva piedra en la labor fundamental de conseguir que el ejército no se aparte nunca de la fe de sus mayo-

res, pese á las jactancias y frivolidades de algunos espíritus que se creen superiores. Basta pasar revista á lo que sucede en los mejores ejércitos, el alemán á la cabeza, alentado por los consejos y el estímulo de su Kaiser; el japonés, el ruso, etc., para comprender que en esta materia asiste toda la razón al Sr. García Pérez, y que su labor es útil y patriótica, sólida y de previsión. El patriotismo, la fe y el ejército, tienen un entusiasta paladín en este infatigable escritor, á quien felicitamos con efusión.

Etat Militaire de toutes les Nations du monde en 1912, par Charles Malo. IV.—154 páginas.—(19 × 11).—Paris, Berger-Levrault, éditeurs, 1912. 1,25 francos.

Para formar juicio exacto y opinión firme sobre la potencia militar del país propio y deducir si conviene ó no reformarla y reorganizarla y en qué sentido, nada más útil que el conocer el poderío de los ejércitos de todos los países del mundo. Sin esa base de comparación, sin conocer con detalles la fuerza de los presuntos rivales y enemigos, los juicios que se formulen sobre nuestro ejército, y las variaciones que en él se pretenda introducir, no pueden menos de ser caprichosas y aventuradas. Monsieur Charles Malo, con su utilísima obra llena este vacío con notable acierto, por lo que recomendamos la lectura y la consulta frecuente del libro, no solo á los oficiales, sino á todas las personas que por sus cargos estén llamadas á intervenir en las cuestiones de defensa y seguridad nacional.

Este ha sido el último libro del notable escritor militar Mr. Malo, arrebatado por la muerte cuando comenzaba la realización de un vasto plan, que llevaba aparejado la publicación de una nueva revista militar francesa.